

SALGADO FERNÁNDEZ, Enrique. *Cumbre y abismo en la filosofía de Nietzsche. El cultivo de sí mismo*. Madrid: Plaza y Valdés, 2007. ISBN 978-84-96780-06-4. 427 páginas.

Cada nueva publicación que aparece sobre Nietzsche puede provocar en el posible lector una cierta tentación a pensar que ya poco se puede aportar a lo que se ha dicho sobre Nietzsche. Sin embargo, esto que podría ser un obstáculo para escribir sobre Nietzsche, se está convirtiendo en los últimos tiempos en un reto. No es necesario decir que esta obra supone un nuevo reto, o mejor dicho, una respuesta al desafío que significa siempre la obra de Nietzsche para todo aquél que se acerca a ella. El mismo autor reconoce, en sintonía con el propio Nietzsche, que lo que describe en este libro son “vivencias”, experiencias que uno hace en los abismos de su intimidad con un pensamiento que es capaz de conmocionar al espíritu más escéptico. Y es que el pensamiento de Nietzsche actúa siempre de una manera implacable sobre quien lo lee y lo asimila: a unos les provoca el rechazo más absoluto, porque interpretan su obra como la crítica más destructiva de los valores tradicionales; para otros su pensamiento representa un canto a la vida y el breviario más excelso para la emancipación del hombre; para algunos, como fue el caso de Heidegger, una provocación a la que trató de dar respuesta a lo largo de toda su vida y su obra; y a otros muchos los transforma convirtiéndoles en espíritus “libres”, “ligeros”, “fuertes”, abiertos a la vida del propio filósofo que se *autointerpreta* en su propia filosofía. Como dice el autor en la introducción, que justifica su libro, “escribir sobre Nietzsche es siempre *algo más* que escribir sobre cualquier otro”. Es necesario ante todo abrirse a lo que dice, dejar que el texto nos interpele y estar dispuesto a hacer la experiencia que el propio Nietzsche hizo, una tarea difícil, comprometida y, a veces, tortuosa, pero es un ejercicio hermenéutico paradigmático.

Enrique Salgado ha elegido dos términos, cumbre y abismo, para articular en dos partes su libro, términos de gran importancia en el pensamiento de Nietzsche, que definen de una manera acertada su planteamiento antropológico que preside como en un frontispicio sus más variadas reflexiones: “llegar a ser lo que se es”. Llegar a ser lo que se es supone inmergirse en lo más profundo del abismo de nuestro ser para poder elevarse posteriormente hacia lo más alto. Y eso significa “vivir creativamente”, es decir ser creador para poder hacer de la propia vida una “obra de arte”, una nueva creación, “hacerse a sí mismo”, “autoesculpirse”. El abismo, por tanto tiene la fuerza negativa que mueve a superarse, alude a esos impulsos e instintos del individuo que generan su propia creatividad y lo nuevo. Nadie puede ser “ligero” si no se ha desprendido de las cargas que lo hacen pesado y lo arrastran a espacios insondables; hay que aprender a danzar por encima de nuestras propias cabezas, pero para ello hay que pisar la tierra con la fuerza necesaria para poder elevarse. Son tan sugerentes esas dos metáforas, (recientemente apareció un libro de Rebeca Maldonado, con un título sugerente: “Metáforas del abismo. Itinerarios de ascenso y descenso en Nietzsche”: Ediciones sin nombre, México, 2008) que actúan como un verdadero catalizador en la obra de Nietzsche. Por eso, no es de extrañar que el autor las haya tomado como elementos articuladores de su libro: una parte tratará de temas relacionados con el abismo, de marcado acento antropológico, y otra parte relacionada con los itinerarios de ascenso que miran siempre a la “autosuperación” del hombre.

La primera parte de la obra, que trataría de dar respuesta a las implicaciones que derivan de la metáfora del abismo y de reflexionar sobre aquellos puntos de vista que nos llevan a descender al submundo de lo inconsciente o de la vida impulsiva, está articulada en siete apartados. El punto de partida es como el hilo conductor que nos

puede hacer inteligible una filosofía excesivamente biográfica: se trata del “cuerpo”. Es una forma de presentar la filosofía de Nietzsche fundamentada en un naturalismo que se fue gestando especialmente al acercarse a los filósofos franceses de la época parisina (Bourget, Renan, Taine, ect.) y a los evolucionistas, (Darwin, Spencer). No es extraño, por tanto, que la fisiología y los instintos ocupen un papel fundamentador en las explicaciones de Nietzsche a la hora de analizar el autor el “cultivo de sí mismo”. El cuerpo se define como algo “abismal” porque es algo bajo el cual late una multiplicidad inagotable, caótica, un universo inconsciente que se agita permanentemente bajo nosotros y que determina también nuestra forma de ser y de actuar. Esta centralidad del cuerpo en Nietzsche, muy estudiada en los últimos años, se ha convertido en clave de interpretación de sus pensamientos y en la “gran razón” de sus propias reflexiones. “El cuerpo es abismo porque sufre, envejece y finalmente muere, pero también es la fuente de la que emanan nuestras fuerzas y la sede del goce” (p.15). Es el hilo de Ariadna que nos permite, en un cierto sentido, seguir los entresijos del laberinto, aunque, en contra de lo que cree el autor, no nos permite salir de él. Tras este trasfondo naturalista se abordan diversos aspectos de lo que el autor ha denominado de una forma metafórica y en un sentido amplio el *abismo*. Se van introduciendo temas abismales como la realidad del sufrimiento y el dolor, como la otra cara del dolor; se habla sobre el tema de la *muerte*, como el “abismo por antonomasia”, como razón de ser de la vida que la ilumina. Para Nietzsche, el aprendizaje de la muerte constituye el aprendizaje de la convivencia con el abismo como condición necesaria para el ascenso hacia la superación de sí mismo. Se habla también de la “*compasión*”, uno de los temas polémicos que Nietzsche desarrolla frente a Schopenhauer, como la “praxis del nihilismo”, la última tentación que Zaratustra tiene que vencer. La compasión también es un abismo en cuanto forma de nihilismo, que es necesario superar en nombre del “amor a la vida”, pues la compasión nivela y deshumaniza, destruye cualquier tipo de jerarquización al cosificar su carácter de singularidad. Pero todos esos pensamientos se crean en medio de la *soledad*, una necesidad desde donde surgen las mayores creaciones. Se distingue entre la soledad impuesta y la soledad elegida, esta última la verdadera soledad productiva, signo de fuerza y de grandeza, es el *pathos de la distancia*. Esta primera parte se cierra con dos capítulos que abordan dos de los temas más significativos y “abismales” de la filosofía de Nietzsche, el *eterno retorno* y el *nihilismo*. La radicalidad del pensamiento del eterno retorno, como abismo terrible y poderoso, lo convierte en la raíz de una nueva “óptica vital” que modificaría la perspectiva de nuestras valoraciones y de nuestras vidas. Aquí se detiene el autor a analizar las distintas dimensiones de una idea poco desarrollada, percibe las contradicciones, plantea los problemas relativos a la temporalidad, al *amor fati*, a la redención dionisiaca. Por último, esta primera parte se cierra con uno de los clásicos en Nietzsche: el *nihilismo y sus formas*. Es interesante poner de relieve cómo acierta el autor a dar la relevancia que tiene el hecho de que para Nietzsche el nihilismo, además de un acontecimiento histórico y metafísico, es sobre todo una *vivencia*. El propio Nietzsche se consideró como “el primer nihilista”, como aquel que vivió la experiencia del nihilismo como una condición necesaria para poder superarlo. Después de analizar las distintas formas de nihilismo y el tipo de hombres que genera, y abrir las puertas hacia su superación y hacia una nueva transvaloración de los valores, se puede afirmar que la experiencia del nihilismo por parte de Nietzsche es el punto de partida en el abismo para ascender, mediante la fuerza de la voluntad, hacia las “cumbres” de lo que es “grande” en el hombre.

La segunda parte, como era de esperar, en un itinerario de “ascenso”, la vida ascendente, comienza aclarando el sentido que tiene el término *voluntad de poder* en Nietzsche, ya que toda la antropología nietzscheana bascula en torno a esta idea central. Como dice el autor, “a partir de la voluntad de poder arranca la posibilidad del cultivo de sí y la forja del hombre por el hombre”. “Llegar a ser lo que se es” está determinado por la fuerza y el poder que hace al hombre “grande”. El análisis es minucioso en todas sus direcciones y aspectos: biológico, antropológico, psicológico, cósmico, de tal manera que va ofreciendo al lector una idea de la riqueza que encierra dicho término. Es importante que en este contexto se aborden algunos de los malentendidos que se generaron en torno a esta idea, pues a pesar de las múltiples aclaraciones todavía algunos lectores siguen ignorando las exégesis que fueron haciendo los editores de la obra de Nietzsche. Se cierra este capítulo con un estudio sobre la relación entre voluntad de poder y perspectivismo, es decir la voluntad de poder como *fuerza interpretadora*. En el capítulo noveno nos sorprende el autor con algo verdaderamente novedoso, y que ciertamente, a tenor de lo que se está escribiendo y discutiendo en los foros nietzscheanos, a saber: el concepto de *gusto* “es uno de los pensamientos clave de la antropología nietzscheana”. Y no le falta razón, pues la reducción que hace Nietzsche del “gustar” con el “valorar” apunta en este sentido. Es posible decir que al final, toda la filosofía de Nietzsche, su vida y su obra, así como la moral y como las grandes interpretaciones del mundo no seas más que “una cuestión de gusto”, pues en definitiva lo gusto y lo estético se dan la mano, y si la “existencia solo se puede justificar estéticamente”, la justificación también es cosa de “gusto”. Dada la relevancia que tiene el tema, el autor tendría que haber desarrollado más la vía estética y la vía moral desde esta perspectiva del gusto, y enfrentarse a uno de los problemas que palpitan en este contexto, el espinoso tema del esteticismo. Tal vez es algo que se le echa en falta a la obra. El autor insinúa más de una vez la importancia que tiene la estética y el arte en el pensamiento de Nietzsche, pero sólo esporádicamente argumenta desde esa perspectiva articuladora. En los capítulos finales, por último, todos ellos son de gran interés, aunque algunos, como por ejemplo, la vida como experimento, podría haberse situado mejor en la parte relativa al *abismo*, se van desgranando otros temas antropológicos que tienen que ver con la *vida experimental*, por ejemplo, con el *juego*, con la *alegría*, que no están muy desarrollados. El capítulo 12, sobre la alegría, y en el que se insinúan algunos aspectos de lo que es para Nietzsche el “espíritu de ligereza” tendría que haber tenido más peso en su planteamiento general. En los itinerarios del “ascenso”, la ligereza ocupa un papel primordial. Para Nietzsche es la condición suprema para poder llegar a ser un verdadero creador. Como recapitulación de la obra se ha elegido el tema del *superhombre*. Es un final coherente, la voluntad de poder como “el camino hacia el superhombre” que “crea y asciende hacia la cumbre”. El autor no ignora las manipulaciones que ha sufrido este concepto filosófico hasta convertirlo en un “ídolo” y en un instrumento ideológico execrable, simplificando el contenido filosófico que como una trama explica todo lo demás. El superhombre como “trascendencia que se afirma en su propia creación” (p. 375) define todos los matices y la proyección de futuro que quiere expresar Nietzsche con esta idea. Insiste el autor en el “todavía no”, como una “esperanza antropológica abierta” hacia un punto de partida antropológico nuevo en el que se pueda hablar de que el hombre sea por primera vez hombre, capaz de llevar al extremo todas sus potencialidades.

Fernando Fava

